

DISCURSO XIX.

Concepcion.

Ave, gratia plena: Dominus tecum: benedicta tu in mulieribus.

Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, y bendita tú, entre las mujeres.

(SAN LÚCAS, cap. 1, v. 28.)

LEVÁNTATE y esclarecete, Jerusalen militante, esposa muy amada del Cordero sin mancilla, Iglesia tambien immaculada; levántate y esclarecete, porque ya aparece el astro que te ha de iluminar, y porque la gloria del Señor se cierne sobre tí con toda su plenitud. Tiempo es ya de buscar en las fluctuaciones del mar borrascoso de la vida un puerto bonancible donde descansar de las pesadas fatigas, y le encontraremos: tiempo es de que se desvanezcan las sombrías tinieblas con que el pecado oscurece nuestro entendimiento, y de que hallemos los resplandores luminicos de la gracia que alegren nuestras potencias y sentidos, y los hallaremos, tiempo es de que, sacudiendo este mortal desmayo en que pretenden sumergirnos la incredulidad y el indiferentismo religios., reanimemos en nosotros con lucidez mayor la antorcha del fervor y de la fe, y así lo harémos. Despojémonos de todo lo que sea tierra, y vistámonos de cuanto sea cielo; abandonemos la materia y sigamos al espíritu, y en alas de esa Religion de que somos hijos, levantemos el alma á Dios, el corazon á Maria, y llevemos la consideracion al centro de la unidad católica, á la Ciudad Eterna, mansion del Vicario de Jesucristo, á la ciudad de Roma.

Y en la Ciudad Eterna se entusiasmará y dilatará nuestro corazon cuando allí veamos reunida la muchedumbre de los mares y la

fortaleza de las gentes; los pobladores de Madian, de Epha y de Sabá ofreciendo el oro de sus plegarias y el incienso de sus aspiraciones, y preludiando para el Señor infinitas y encantadoras alabanzas. Sí, señores; ese firmamento donde resplandece con toda su pureza el sol de la verdad; ofrece hoy el espectáculo más grandioso que ha conocido ni espera conocer la generacion presente; el episodio más magnífico que en láminas inmortales puede grabar la historia, y la esperanza más risueña y el consuelo más eficaz que en esta época de tribulacion y de infortunio puede imaginar el Cristianismo. Trátase de una maravilla que deleita á los cielos y enfurece á los abismos; del éxtasis de los ángeles y del pasmo de los hombres; del esplendor del Criador y de la delicia de las criaturas: se trata de la Concepcion immaculada de Maria, de Maria Santísima concebida sin pecado original. Y nosotros, no menor ni ménos amado número del rebaño de Jesucristo, nos hallamos congregados en esta basilica santa para santificar nuestras almas á la sombra de la que es toda hermosa y sin mancha, reverenciándola y festejándola llena de gracia y bendita entre todas las mujeres: *Gratia plena, benedicta tu in mulieribus.* Y limpia de toda imperfeccion desde el instante primero de su Concepcion immaculada.

Y como si fuera fácil empresa á un entendimiento mezquino y á una capacidad muy limitada; y como si la empresa no fuera superior y excediera con mucho las débiles fuerzas de un hombre, á mi entendimiento y á mis fuerzas, á mi corazon y á mi lengua confiais en esta mañana la honorífica cuanto difícil mision de panegirizar la Concepcion sin mancha de Maria; sin tener en cuenta que tratar este misterio es, al lado de la divina Maternidad, tratar lo mayor, lo más excelso, lo más sublime que ennoblece á la Señora: es como desviar los ojos de la oscuridad de la noche para elevarlos á la claridad del dia: esquivar nuestras miradas á la luna para consagrárselas al sol: abandonar los fugitivos deleites de la naturaleza para embriagarse con las sempiternas maravillas de la gracia: es perder de vista los desiertos arenales del tiempo para engolfarse en los abismos de la eternidad. Tratar de la Concepcion immaculada de Maria, diciendo de asunto tan peregrino cuanto de Ella se puede y como se debe decir, les intentar un imposible, es como querer rasgar el último de los siete sellos que cierran el libro misterioso; es como atreverse á abrir el Arca del Testamento; es, y séame permitido esplicarme de esta manera, como poner el dedo en lo más recóndito de los secretos de Dios.

Pero al mismo tiempo que es lo más secreto, el corazon nos

dice que es también lo más seguro; por eso desde el nacimiento de la Iglesia la Concepción Inmaculada de María es el mar insondable donde dichosamente han navegado los talentos más florecientes de la Cristiandad: es la roca donde se han estrellado los sangrientos embates de la impiedad, y el faro á cuya lumbré se han disipado las dudas de una timidez religiosamente escrupulosa. *La Concepción inmaculada es la prerogativa más excelente y más incomparable con que el Altísimo supo y quiso condecorar á María, y uno de los consuelos más poderosos que pudo dispensar al género humano:* asunto de mi discurso, para desenvolver el cuál me servirán de punto de partida las palabras que he presentado para texto: *Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.* «Salve, llena de gratia, el Señor es contigo, bendita entre todas las mujeres.»

Sin los auxilios divinos nada puede el hombre; con la gracia de Dios todo lo consigue, y la gracia se obtiene por la poderosa mediación de la Reina inmaculada, saludándola con el Arcángel San Gabriel:

Ave Maria.

«Yo ví un cielo nuevo y una tierra nueva, escribe en el Apocalipsis el discípulo amado de Jesucristo; el cielo primero y la tierra primera, dejaron de ser, y el mar desapareció; y ví bajar desde el seno del mismo Dios una Jerusalén santa, engalanada y enriquecida como la esposa que se adorna para recibir á su Señor, y desde lo más elevado del trono oí una voz que decía: «Hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, «y donde habitará con ellos.» Y en este mismo momento, señores, asalta á nuestra imaginación aquella graciosa embajada de San Gabriel á María Santísima en su solitario retiro de Nazareth: *Ave, gratia plena.* «Dios te salve, llena de gracia.» Dios te salve, cielo nuevo de paz, de tranquilidad y de pureza que oculta tras de sí aquel otro cielo, instantáneamente trastornado por la soberbia del arcángel maldito; tierra nueva, tierra bendita, tierra santificada donde no fecundará el abrojo, ni aposentará la maleza de la culpa, porque en ella no cabe más que la semilla de la virtud, como que sobre ella no llueve otro rocío que el rocío de la gracia; tierra nueva que hizo desaparecer de la afligida consideración de la criatura aquella tierra infortunada que, por el pecado original que á María no tocó, quedó tristemente convertida, de paraíso de delicias, en pedregoso y deplorable valle de lágrimas.

Dios te salve, Jerusalén nueva y santa; nueva siempre á la

espectación de cuantos te ansían y al afecto de todos los que te aman; ordenada desde la eternidad del Supremo Hacedor, y ántes que todas las cosas fueran criadas; Jerusalén santa, prodigiosamente santa, la santa entre todas las criaturas, y en donde tu Criador tuvo su tabernáculo; Jerusalén embellecida y ataviada de lo más excelente, de lo más elegante, de lo más seductor que puede embellecer á una amante para recibir de su amado, á una esposa para hospedar á su esposo, á una esclava, pero libre de todo contagio, para cautivar al señor que la preservó; Jerusalén cuya santidad supone pureza, cuya pureza revela una existencia casi como la de Dios, que no conoció principio y que nunca tendrá fin. María, el pensamiento más hermoso, más cándido y más feliz de la Divinidad, no podía ménos de ser llena de gracia, es decir, exceptuada entre todo en la eternidad, santificada en el tiempo, inmaculada en su Concepción; y hé aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, como si dijéramos: el seno de María, el vientre de María, el útero de María; seno inmaculado donde Dios vestirá la carne del hombre sin dejar de ser Dios; vientre bendito que allá en los cielos hará brillar la luz indeficiente de nuestra salvación; útero absolutamente inmune, donde el Criador se hermanará con la criatura; donde los hombres infelices por naturaleza, verán consumada su felicidad por una mujer llena de gracia. *Gratia plena.*

Retrocedamos un paso no más por el misterioso laberinto del Apocalipsis, y lo que el hasta ahora nos ha enseñado en figura, aprendámoslo peregrinamente reflejado en el espejo de la realidad. «Un signo sorprendente, nos dice, apareció en el cielo: era una mujer vestida del sol, cuyas plantas descansaban sobre la luna, y su frente estaba coronada por doce fulgentísimas estrellas.» Y esta mujer no es, ni nadie hasta ahora nos ha dicho que pueda ser otra que María, concebida sin mancha de pecado original. Examinemos la naturaleza. Mirad el sol: donde reina el astro del día, la luz no puede ser más llena, más refulgente ó más consoladora; donde aparece el sol no hay densa bruma, ni tupida niebla que eclipsa la soberana majestad de ese lumínar de fuego, reflejo en miniatura de la soberana majestad de Dios. ¡Oh cuán hermoso es el sol! La contemplación de ese príncipe de los astros arrastra nuestra pequeñez con una fuerza más activa que la del imán, hasta colocarla frente á frente con el que sacó de las sinuosidades del caos su gentileza, su intensidad, su transparencia. La luna nos anuncia la noche; nuestros ojos la divisan al declinar el día: derrama en nuestro corazón el silencio, la incertidumbre, el descanso,

á veces la amargura; y si atentos y metafísicamente la consideramos, hace exhalar á nuestros lábios suspiros de desconsuelo, y resbalar por nuestra mejilla una lágrima de aflicción. El sol está limpio, la luna aparece manchada. Las estrellas y los luceros son la hermosura más explícita, más caracterizada de lo que en sí ya es hermoso: son como perlas con que la mano de Aquel que cuando quiere hace cuanto puede ha salpicado la hermosura del firmamento, no de otra manera que una playa aparece también salpicada de perlas cuando poco á poco se reconcentra otra vez dentro de sus límites el turbulento mar que salió de madre. El sol es la gracia, la luna el pecado, las estrellas la virtud. Donde la gracia reina, es incompatible el pecado; donde superabunda el bien, no tiene cabida el mal; donde las virtudes aparecen, desaparecen los vicios. La gracia produce la alegría, el pecado la tristeza; el bien aumenta y sostiene las esperanzas, el mal nos tiende las redes de la desesperación; las virtudes nos embellecen, los vicios nos cubren de lepra y hacen de nosotros un objeto detestable á los ojos de Dios y repugnante y asqueroso á la vista de los hombres.

El sol que circundaba con hermosa variedad á la mujer vista por San Juan en su destierro de Pathmos, no era el sol de la naturaleza, sino el sol de la justificación; no rodeaba sólo su frente emblema de unas potencias privilegiadas, ni ceñía aisladamente su corazón, morada de unos sentimientos perfectísimos, sino que la heroseaba de alto á bajo, cubriéndola desde la cabeza hasta los pies, y desde el extremo de una mano hasta el extremo de la otra mano: era lo que el texto expresa con tanta verdad como laconismo: *Mulier amicta sole*: una mujer vestida del sol; pero del sol de la gracia, que, rodeándola y defendiéndola completamente, hacia inaccesible la entrada de la más ligera imperfección hasta el alma de aquella mujer privilegiada. Y á sus plantas la luna. No solamente María Santísima por el sol de la gracia fué preservada del contagio de la culpa original, no sólo los resplandores del astro eterno de la justificación alejaron de María el hálito ponzoñoso del pecado, sino que la culpa y el pecado original vinieron á prosternarse vencidos ante sus pies. María aplastó la cabeza de la serpiente astuta, en cumplimiento de una ley irrevocable y divina; y, lejos de nosotros sospechar que la vencedora del pecado estuviera un instante siquiera sujeta á la ley de los vencidos: apártese, porque horroriza, de nuestra imaginación la idea de ver esclava á la libertadora universal; no contristemos nuestra alma temiendo ver empañada la hermosura siempre viva, siempre creciente, de la Virgen de las vírgenes, con la mancha que entur-

bió la belleza que á su entrada en el mundo sonreía á nuestros primeros padres! Triunfó María, y su triunfo fué anticipado, seguro, infalible é interminable; su triunfo nunca vaciló ni fluctuó en las vicisitudes de los combates: este triunfo aumentó su gloria; esta gloria llevó el regocijo hasta lo increíble; el regocijo encendió el amor en los cielos y en la tierra, en los seres creados é increados, visibles é invisibles; y este amor la creyó, la publicó y la defendió en los siglos pasados y presentes, inmaculada en su Concepción, exenta de toda mancha desde su animación natural, como llena de gracia y bendita entre todas las mujeres.

Nada me queda que desear cuando veo á María Santísima revestida del sol y teniendo el disco de la luna por escabel de su bendita planta; y sin embargo, señores, si nada me queda que desear, me queda todavía mucho que ver: su frente coronada de brillantísimas estrellas. Ya lo dije: y á la criatura Santa, á la Bienaventurada criatura que tenía por manto la gracia y por peana la culpa, de ninguna manera la faltaría la diadema de la virtud; pero virtud grande, virtud abundantísima, virtud práctica, que, rodeando sólo su purísima cabeza, indicaba más todavía, significaba claramente cuánta santidad había de admirarse en la que es modelo de todas las virtudes y Madre y consuelo de todos los vivientes; y aquellas estrellas que deslumbraban los ojos, cautivaban el corazón; allí estaba ingeniosamente entrelazado lo angelical de los ángeles, lo justo de los justos, lo santo de los Santos; y cuanto es pureza, y cuanto expresa inmunidad, y cuanto explica bienaventuranza, todo, cristianos, se reunió en María Santísima Inmaculada en tiempo y eternidad; toda limpia desde el instante primero de su ser. *Gratia plena*. Llena de gracia, según se lo comunicó el Arcángel al anunciarla el misterio consolador de la Encarnación del Verbo.

Permitásenos, para poder continuar, una cristiana digresión. Suspiramos, deseamos y apetecemos saber cómo y por quién y en dónde fué formada el alma de María, nó para creer, porque todos creemos que fué concebida sin pecado original, sino para ensalzar y bendecir y glorificar más la Omnipotente diestra que tan hermosa la formó, que así la recompensó, y que tanto nos favoreció dándonos para vida regeneradora de nuestra corrompida naturaleza una mujer que, á no ser Dios, todo lo es. Á este espectáculo embelesador nos conducen también y con mucha facilidad, las segundas palabras del parainfo celestial. *Dominus tecum*. «El Señor es contigo.» Según que á mi imaginación se presentan en este momento los cielos, allí se espera un acontecimiento maravilloso que satisfaga la universal expectación, que destruya la victo-

ria que sobre los hijos de Eva alcanzara un enemigo infernal, y cuya fama lleve el clarín de la inmortalidad de nacion en nacion, de siglo en siglo y de generacion en generacion. Observemos. Todas las gerarquías celestiales, los ejércitos innumerables de espíritus angélicos, despliegan repentinamente sus alas, é inclinan sus frentes en testimonio de religiosa veneracion: millares de voces entonan un sólo cántico; el *Hosanna* retumba por todas partes, la inquietud aumenta, la animacion es más sensible, el resplandor es más brillante, y en todas las mansiones del Padre celestial una sola oracion repite con entusiasmo venerable: «Santo, Santo, Santo.» Una inspiracion del Altísimo produce un alma, y esta alma aparece meciéndose, suspendida por el dedo de Dios, en espacios infinitos; y esta aparicion embelesa á los cielos, expansia á la tierra, hace crugir de temblor á los infernos, y todo es paz, todo prosperidad y todo saluda al alma Inmaculada de Maria, diciéndoles llena de gracia: el Señor es contigo: *Dominus tecum*.

Naturaleza huérfana, porque una madre prevaricadora te abandonó en un momento de delirio á los rigores de la Suprema Justicia, consuélate, que ya está decretada, y formada, y concebida sin manecilla la que ha de ser tu verdadera Madre por su misericordia. Arida tierra, tierra infecunda para el bien, pero sobrado fecunda para la iniquidad, abre tus entrañas á la lluvia benéfica de la gracia, apresta tus senos contaminados por la abominacion, porque vá á purificarlos y renovarlos una brisa consoladora, y de ellos germinarán más tarde las palmeras de Cades, las olivas frondosas de los campos y las rosas de Jericó: hirvientes olas del diluvio universal que habéis sumergido en el fondo de la nada la carne que corrompiera sus caminos, retroceded y humillaos: sobre vuestras desoladoras corrientes un arca de maderas incorruptibles salva la familia más amada entre los amados de Jehová: de aquella arca sale una paloma tan blanca, tan inocente, tan sencilla como puede serlo una paloma; y lleva un ramo de oliva, y se ausenta y vuelve, y torna á salir, y entónces un iris de paz, un iris de gloria, un iris de amor enlaza los cielos con la tierra, ahuyenta las nubes, conjura la tormenta, disipa la oscuridad, y despues de las tinieblas aparece más radiante la luz. El arca es Maria, la paloma es Maria, la oliva su triunfo, el iris nuestro consuelo por Maria, nuestro refugio por Maria, nuestra salvacion en Jesucristo y por Maria Inmaculada, cuya alma formó Dios Uno en esencia y Trino en personas, y á cuya concepcion purísima asistió en pleno consistorio y con admirable empeño toda la Beatísima Trinidad.

Veámoslo.

Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram, dijéronse á sí mismas las tres Personas divinas en un dia memorable para el mundo: «hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» y el hombre fué hecho y formado en la gracia; pero despreció la gracia y se reveló contra la voluntad de Dios, y de hijo de bendicion quedó por la ingratitud convertido en hijo de maldicion y de ira. «Formemos á Maria, volvió á decirse á sí misma la Trinidad individa en el instante grandioso que hoy solemnizamos; principiemos la obra de nuestro beneplácito; formemos Aquella criatura que en nuestra presencia ha de encontrar gracia entre todas las demás; criemos en toda santidad esa alma en que no tome parte el desórden del primer pecado; el alma de nuestros deseos, atributo de nuestro poder, portento de nuestra sabiduria, hoguera inconsumible de nuestro amor.» *Faciamus*. «Hagamos:» y así se hizo.

Esther aparece en actitud sumisa y suplicante, pero rica y espléndidamente ataviada en la presencia del poderoso Assuero; el soberano de la Persia deja caer la estremidad de su vara sobre el hombro de la que es mitad de su corazon, esceptuándola de la ley de exterminio general que amenaza al pueblo hebreo: el divino Assuero, el Assuero infinitamente poderoso, pone en manos de Maria el cetro de su plena autoridad: «y porque has de ser, la dice, Hija del Eterno Padre y Madre del Hijo en quien yo deposito todas mis complacencias, y complacencia mia, te esceptúo del contagio general; no se entiende contigo ese anatema de muerte que hace pesar sobre los hombres el funesto pecado original; yo te decreto Inmaculada, y ni el espacio que media desde un aliento á otro aliento, el leon rugiente que busca devorarte ha de ver esclava á la destinada por Reina de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres.»

Salomon, señores, como la saeta desprendida del arco, se desprende de su trono y vuela á los brazos de su madre Betsabé, y, como si á ella debiese aquella riqueza inmensa que le hace envidiable y aquella sabiduria portentosa que le granjea el amor, el respeto y la veneracion de todos sus vasallos, la eleva hasta su mismo solio, la coloca á su diestra, y con una ternura que sólo sabe expresar el corazon de un hijo, la dice: «¡Pedid, madre mia! ¿Qué habrá en todos mis dominios que no pueda yo poner á vuestras plantas? Vos sois mi madre; yo soy vuestro hijo; mi trono es vuestro trono; mi regalo vuestro regalo; el que á vos engrandece, á mí me honra, y el que os ofende, madre mia, pone su mano criminal en medio de la pupila de mis ojos.» El Salomon eterno,